

C232
1985

¿Justificando alianzas injustificables?

En los últimos días, ciertos conglomerados firmantes del "Acuerdo Nacional" (especialmente la democracia cristiana y el sector socialista que lo integra) han pretendido justificar sus alianzas con el Partido Comunista en diversas elecciones universitarias.

Las razones esgrimidas por los señalados componentes del "Acuerdo" apuntan a que ellos "no dan órdenes de partido a sus militantes para las elecciones gremiales", o bien a que "debe respetarse la autonomía de lo social frente a lo político".

No deja de resultar paradójico escuchar tales planteamientos en boca de la dirigencia demócrata cristiana y socialista, especialmente en la circunstancia en que ellos han sido expuestos.

Desde mis tiempos de dirigente estudiantil universitario, he abogado por un ideario gremialista, cuya esencia consiste en que los cuerpos intermedios de la sociedad respeten su naturaleza y sus fines propios, único modo de que ellos realicen un aporte fecundo al resto del cuerpo social.

Lógicamente, de ese principio se desprende el rechazo a cualquier instrumentalización política de las agrupaciones gremiales, sean éstas sindicales, empresariales, profesionales o estudiantiles. No se trata de que el gremialismo se contraponga con el legítimo derecho de cada ciudadano —en cuanto tal— para optar entre las diversas opciones políticas o partidistas compatibles con las bases de una sociedad libre. Lo que el gremialismo objeta es que se pretenda endosar esa opción política personal a entidades cuyos fines especifi-



cos no son políticos, desnaturalizándolas gravemente.

El enfoque descrito ha sido siempre explicablemente impugnado por quienes adhieren a la doctrina marxista-leninista, porque en la esencia de los totalitarismos subyace el convencimiento de que la dimensión política debe absorber y regular toda la existencia humana, no reconociéndose ámbitos autónomos de aquélla dentro de la estructura social.

Mientras un totalitarismo lucha por llegar al poder, todo organismo de la sociedad ha de colocarse al servicio incondicional de proceso destinado a conseguirlo. Alcanzado el poder total, esas entidades se convierten en meros apéndices de una burocracia estatal omnipotente, a través de la cual el partido único controla todas las manifestaciones de la vida social.

Lo grave es que la marea politizadora de los cuerpos intermedios tradicionalmente también ha encontrado impulsores entre quienes adhieren a doctrinas no totalitarias, como la democracia cristiana o el socialismo democrático, que han sucumbido a la tentación de transformar a los organismos gremiales en caja de resonancia de sus objetivos políticos, con grave daño para el fortalecimiento de una sociedad libre. Y que no se arguya que eso se explicaría hoy por la actual carencia de ciertos canales participativos propios de una plena democracia, porque dicha anomalía, practicada por los mismos actores que ahora reinciden en ella, data de mucho antes de 1973, cuando tales conductos políticos tenían plena vigencia.

Por ello, nada podría regocijarme más que una eventual rectificación de ese antiguo vicio por parte de todos los sectores políticos democráticos. Pero que la distinción entre el "mundo social y la esfera política" se invoque por los mismos que de nuevo han politizado hasta el extremo las recientes elecciones universitarias, para justificar —además— alianzas de conglomerados político-partidistas en ellas, suena más bien a una parodia.

¿No será que las órdenes de partido al respecto —que esos sectores políticos siguen procurando dar— simplemente no son obedecidas, todo ello para fraguar alianzas con grupos totalitarios que, según el propio "Acuerdo Nacional", han de entenderse inconstitucionales?

Jaime Guzmán E.
"La Segunda"